

La subversión del pecho femenino como objeto paradigmático del amor sacrificial: entre la sexualidad y la maternidad

Flor de María Gamboa Solís¹

Facultad de Psicología

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Resumen

A lo largo de tres diferentes secciones, este trabajo problematiza la noción psicoanalítica de maternidad cultivada en el pensamiento de Freud, Lacan y Klein considerando una reflexión feminista sobre el pecho femenino. Mediante esta reflexión se intenta subvertir la dicotomía sexualidad/maternidad - una de las más sobre determinadas de la cultura patriarcal - e interrogar el amor sacrificial que el pecho femenino corporeiza de manera paradigmática. La primera sección aborda las estampas clásicas psicoanalíticas sobre la maternidad, la segunda enfatiza los pormenores psíquicos y culturales asociados al amor sacrificial y su relación con la sexualidad femenina, finalizando en la tercera sección con el argumento de que los senos, en tanto símbolo del sí mismo, representan el sitio para desmantelar la creencia en la maternidad desexualizada.

Palabras clave: Pecho femenino, maternidad, sexualidad femenina, amor sacrificial, patriarcado

Abstract

This paper problematises the psychoanalytic notion of motherhood developed in Freud's, Lacan's and Klein's thinking by conducting a feminist reflection on the breasts. Throughout three different sections this reflection would attempt to subvert one of the most over-determined dichoto-

¹ Correspondencia: florgamboa@yahoo.com

mies of patriarchal culture: motherhood/sexuality as well as questioning sacrificial love that breasts embody paradigmatically. The first section tackles the classic psychoanalytic stamps of motherhood; the second one emphasizes the psychic and cultural issues associated to sacrificial love and its relation to female sexuality and finally, section three argues that breasts inasmuch as they symbolize the self, represent the site to dismantle the belief in asexual motherhood.

Key words: Breasts, motherhood, female sexuality, sacrificial love, patriarchy

La noción de maternidad que el psicoanálisis ha plantado en las diferentes escuelas: inglesa independiente, relaciones de objeto, psicología del yo, etc., resultantes de diferentes movimientos y disensiones en la historia de esta disciplina, y a través de las cuales la madre ha ido danzando de aquí para allá, más veces al centro del escenario teórico que en la periferia, aunque no siempre revestida de una humanidad comprensible y comprensiva, necesita problematizarse. No solamente porque el pensamiento psicoanalítico en torno a la infancia que impacta y alumbra el quehacer clínico con niños y niñas ha probado ser lo suficientemente influyente en la explicación y atención de los padecimientos y trastornos psíquicos emergentes en ese momento de la vida, sino porque la maternidad debe regresar al lugar del que nunca debió haber salido, al sitio de donde procede: la experiencia subjetiva de la madre.

Este trabajo problematiza la noción psicoanalítica de maternidad a partir de una reflexión feminista sobre el pecho materno la cual se volcará sobre algunos aspectos de la dicotomía (binarismo) sexualidad/maternidad, enfatizando que se trata de una de las dicotomías más sobredeterminadas del pensamiento occidental con alcances todavía muy significativos en la vida de las mujeres, tanto de las madres como de quienes no lo son, pues constituye un sistema simbólico por el que la madre es desprovista de sexualidad y, por ende, de subjetividad.

Estampas clásicas psicoanalíticas sobre la maternidad

De las diversas conceptualizaciones psicoanalíticas de la maternidad, tres destacan por su carácter de clásicas en tanto suponen modelos representativos a partir de los cuales se sostiene y dirime el saber acerca del papel que juega la madre en la estructuración de la subjetividad y que abarca

tanto el del cuerpo materno como la economía psíquica femenina o la femineidad: la lacaniana, la freudiana y la kleiniana.

La conceptualización lacaniana presenta la maternidad como una función o posición, la posición materna, cuya principal característica estriba en la desexualización de la madre. Para que la madre garantice su función de autenticadora del infante en el primer tramo de la vida de este, durante los primeros meses de la existencia de ese nuevo ser en el plano imaginario, es indispensable que se suprima todo tipo de corriente sexual o erótica proveniente del contacto corporal entre ella y su criatura. El cuerpo de la madre debe prestarse únicamente a la provisión nutritiva, abrigadora y tierna necesaria para el sostenimiento tanto físico como psíquico del bebé lo que muy bien coincide con las exigencias del ideal cultural de maternidad milenariamente fraguado por la asociación de la maternidad a la fecundidad, fertilidad (Arvelo Arregui, 2004) - claras alusiones a la madre tierra - y sobre todo relevante a este trabajo, al sacrificio, sacrificio del placer (volveremos sobre esta última asociación en otra sección).

De otra manera, si la maternidad se erotiza, si se franquea la frontera que divide a la madre de su sexualidad por el capricho de un deseo que se niega a atemperar las exigencias de su empuje, sometándose a la ley del padre en cambio, se pone en riesgo la inscripción del infante en el orden social, trayendo consigo varias peculiaridades todas ellas con altos costos psíquicos tanto para la hija (o) como para la madre. Para la hija (o), el exacerbado medroso recogido por los lances de una fobia o la perversión (Evans, 1998/2007) y, para la madre, correlativamente, la fatal escalada hacia la cumbre borrascosa de un poder supremo, inhumano, más que humano, sólo equiparable al de la divinidad pero capaz de arruinar horrorosamente la mundanidad. “Si, en cambio, la posición materna se sexualiza..., entonces comienzan los problemas” (Focchi, 2000, en Lemoine-Luccioni, E. et al., 2000, p. 124). El poder maternal en este plano de absoluto vuelve a la madre toda ella para el hijo, imparablemente desmedida en el trato que le profiere, sofocándolo y “toma forma la que podemos llamar la verdadera perversión femenina, de la que naturalmente pagan el costo los hijos” (ídem).

Es interesante acotar aquí el término inglés equivalente a ‘sofocar’ o ‘asfixiar’, el gran-dioso ‘smother’, que a diferencia de su congénere caste-

llano, o francés “suffoquer”, es el material lingüístico que con mayor asombrosa nitidez recoge el sentido de la concepción del deseo de la madre en la que Lacan (1969-70) constantemente insistió después de sus escritos de preguerra. En la clase VII del seminario 17, por poner un ejemplo, plantea: “El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente” (p. 118) y por si quedara algún dejo de duda sobre el carácter terrible de ese componente de la subjetividad femenina, Lacan (1969-70) emplea una metáfora pantanosa: “[El deseo de la madre] Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre” (p. 118). El deseo de la madre, entonces, sofoca; “mother smothers” expresión que revelaría el carácter genérico del lenguaje por el cual la madre es concebida como una “fuerza absorbente que amenaza devorar al niño” (Evans, 1998/2007, p. 123) y la sexualidad femenina como peligrosa, quedando establecido así que la madre carece de subjetividad y que su deseo sexual no puede ser incorporado a su economía psíquica más que en condición de regulado por la vía de un tercer elemento: la metáfora paterna que ejercita el padre, instancia de la racionalidad y el orden simbólico.

Por otro lado, la postura freudiana aunque poco esgrimida en términos amplios más allá de la representación de la madre como el primer objeto sexual de la niña (o), contempla la maternidad como el destino propiamente femenino tornándolos convergentes, es decir, la maternidad es igual a la feminidad, lo que implica la reducción de la feminidad a la maternidad y con ello el recorte del costado erótico que surte a la mujer de otras posibilidades deseantes que no lleven la imagen de un hijo reposando entre sus pixelados brazos. Para Freud (1933/1976), la maternidad es un sustituto de la sexualidad en la medida en que el deseo de tener un hijo funciona como un sustituto de la envidia de pene, del deseo de tener un pene como lo tiene el varón, el hermano, el niño, el padre mediante el cual la mujer podrá restituir, rectificar su cuerpo castrado. A la letra freudiana: “la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene, se sustituye por el deseo del hijo y este aparece en lugar del pene” (vol. XXII, p. 119). Mediante este planteamiento, no cabe la menor duda de que la economía libidinal de la mujer quedaría supeditada a la

maternidad, a hacer de la maternidad la única fuente de placer para la mujer y, por lo tanto, a sostener excluidas de sí mismas las figuraciones de la madre y la mujer, incomunicadas, incendiados los puentes a través de los cuales una y otra están, a pesar de la teoría, en permanente contacto.

Por último, el modelo kleiniano de maternidad por demás interesante y enigmático, plantea un escenario fantasmático poblado de envidia, de objetos buenos y malos, de imagos y representaciones en donde la madre como agente real, puede hacer muy poco para evitar que las emociones primitivas del bebé se desborden insaciables hacia la inclemencia del mundo externo, reclamando estabilidad para su incipiente yo, o se opaquen silenciosamente dentro del mundo interno cobijadas por el manto de la depresión.

El infante representado en la teoría de Klein (1948) es sádico, paranoico, esquizoide, depresivo y envidioso desde el origen mismo, por mandato de la constitucionalidad que lo somete a una serie interminable de tensiones y ansiedades, independientemente de la clase de madre que tenga: “la capacidad del yo para soportar la tensión y la ansiedad y, en alguna medida para tolerar la frustración, es un factor constitucional” (p. 314). En contrapartida, la madre aunque asumida teóricamente como el origen y enfatizado su rol en el desarrollo psíquico del niño que resulta de mayor relevancia que el rol jugado por el padre, es representada en términos de un espectro carente de sexualidad y de sexo que no está ni adentro ni afuera del mundo externo ni del mundo interno. Desde el punto de vista de las psicoanalistas feministas Janice Doane y Devon Hodges (1995):

La madre de Klein es maravillosamente difícil de ubicar; está tanto adentro como afuera, siendo masculina y femenina. Esta madre imaginada ya sea como ideal o destructiva no es realmente buena o mala: es una construcción fluida de los deseos y ansiedades del niño... (p. 16).

Por consiguiente, a pesar de que a través de este modelo la madre domina el escenario del saber sobre la constitución de la subjetividad así como de sus descarrilamientos, no deja de ser un objeto al que se le describe en oposición a un sujeto que habla, como es común en la ideología

de nuestra cultura patriarcal (Gallop, 1988). Sobre todo esta madre kleiniana, cuya humanidad es literal y metafóricamente reducida a un par de pechos, las más de las veces complacientes y disponibles para la voracidad del hijo, nunca obstaculizados por el estado anímico de la madre.

Concluyendo, la maternidad no es únicamente función, posición subjetiva u origen, “no es puramente natural ni exclusivamente cultural; compromete tanto lo corporal como lo psíquico, consciente e inconsciente; participa de los registros real, imaginario y simbólico” (Tubert, 1996, p. 13), lo que en otros términos significa que la maternidad es una experiencia singular, producto de la construcción histórica de un deseo femenino que no podría transcurrir y fraguarse a espaldas de la sexualidad. Y, en el sentido anterior, no puede ser comprendida cabalmente por medio de la lógica binaria sexualidad/maternidad que establece dos territorios femeninos presuntamente incomunicables entre sí: uno cultivado por todas aquellas representaciones asociadas a la figura de la virgen, la virginal madre y, el otro, por las que instruyen y ordenan la figura de la puta, la mujer que brilla de deseo, insurgente de su propia sexualidad. En palabras de la filósofa feminista Iris Marion Young (2005):

En la lógica occidental, la mujer es el sitio de tal categorización oposicional, dado que la lógica patriarcal define una frontera exclusiva entre la maternidad y la sexualidad. La virgen o la zorra, la pura o la impura, la nutriz o la seductora es tanto una madre asexual o una ‘belleza’ sexualizada, pero una siempre excluye a la otra (p. 85).

Una de las razones más poderosas por las que esta dicotomía se ha sostenido como los buenos falsetes que asombran la escucha, estriba como lo arguye Young (2005) en que “sin la separación de la maternidad y la sexualidad, finalmente, no puede haber una imagen de un amor que es todo dador sin pedir nada” (p. 87). Esta dicotomía, pues, no solamente fabrica en serie y muy en serio dos rostros opuestos de la feminidad sino que facilita el cultivo del amor sacrificial, de ese amor todo don, don amor, incapaz de reclamar nada para sí prototípico de la mujer.

De ese carácter sacrificial del amor materno hablaremos ahora para después terminar con una reflexión más específica sobre el pecho materno que es el sitio que constituye el emblema de dicho amor: el pecho

como objeto paradigmático del amor (Freud, 1905/1976), al mismo tiempo que su escándalo: los senos irrumpen en la frontera entre la maternidad y la sexualidad, quebrantándola.

La mujer des-pechada del psicoanálisis y la cultura; un acto de amor sacrificial

En Tres ensayos de teoría sexual, Freud (1905/1976) asiente: “el primer objeto sexual de un niño es el pecho materno, el cual se vuelve paradigmático de todo vínculo de amor” (vol. VII, p. 222). Al tratarse del cuerpo de la madre donde este vínculo se prende y luego se desprende, entonces es claro que el tipo de amor al que Freud se refiere aquí, es al maternal, al amor que culturalmente ha sido designado como el modelo, el ideal de amor puro, absoluto, el más exento de ambivalencias de todos los amores humanos y al que tanto hombres como mujeres aspiran, que buscan hasta por debajo de las piedras con mirada entomóloga, sólo que en dirección opuesta, que no es proporcional: las mujeres dándolo y los hombres recibéndolo.

Tal como lo canta la letra del cubano Silvio Rodríguez, en “Pequeña serenata diurna”: “amo a un mujer clara que amo y me ama sin pedir nada o casi nada que no es lo mismo pero es igual”, no es el amante del sexo masculino el que da todo sin pedir nada, siempre es la mujer, allanada por la sombra de la madre que vive en ella. El amor materno que otorga a la mujer un poder incomparable o comparable únicamente al de la madona por el hijo, como se deja ver en las imágenes de miles de frescos, estatuas y monumentos que pueblan nuestro campo visual mientras paseamos por espacios públicos (museos, calles, parques) en cualquier ciudad del mundo occidental, se despliega siempre a costa de la sexualidad, escabullendo y rehuendo sus susurros. El soporte identitario que las imágenes colectivas y colectivizadas del amor sacrificial presta a la mujer, que es pro identidad femenina, se juega especularmente en espacios saturados de estrógenos prefabricados culturalmente donde la mujer queda atada y constreñida al orden patriarcal, ese orden que sólo valida a las mujeres que son madres o que se ajustan a ese único modelo femenino.

Y esta es la primera implicación de cuidado en la conceptualización de la maternidad que no considera su dimensión erótica: que la madre

verdadera es verdaderamente una mujer de cuidado porque al brindar sus cuidados solamente al hijo, en nombre del amor supuestamente exento del costado odioso del odio, no puede sino ejercer una maternidad que tarde o temprano le cobrará al hijo la deuda por el sacrificio al que sometió el deseo sexual de la madre. El recientemente premiado filme intitulado *El cisne negro* (2010) ilustra con exceso melodramático está posición sacrificial de la madre excesiva que cierne sobre la hija su propia frigidez para después culparla, culpar a la hija de haberse entregado la madre, a una existencia cuyo único sentido estriba en dar para lo cual es necesario construirse en su propio cuerpo una falta que, en el caso particular de esta trama filmica, se traduce en anestesia sexual.

Si es sacrificio lo que reviste el deseo de la madre, la rama por donde escala un amor que sabe dar todo sin pedir nada, entonces la madre pondrá todo su empeño para que ese sacrificio sea reconocido como motor de su propio malestar psíquico. Las instancias de odio, el precipicio oscuro por donde escarpa la violencia silenciada de una madre hacia su hijo, desemboca en el mejor de los casos en el consultorio y, en el peor, en las prisiones y anexos de los hospitales psiquiátricos.

Otra implicación no menos complicada para la madre particularmente en la crianza de una hija, es la transmisión de una identidad femenina esculpida de masoquismo por la cual la mujer naturaliza su predisposición al sufrimiento, a la abnegación y sumisión. La buena madre, la mujer que ha sustituido su sexualidad por la maternidad, en tanto el deseo de hijo se instala como una manera de apropiarse del padre prohibido, según la teoría psicoanalítica de la feminidad propuesta por Freud (1933/1976), alienta en su hija la pasión por la victimidad, por la pasividad absoluta, por la entrega, grabando en su carne viva la idea de que: “una mujer verdadera es aquella que obtiene placer del auto-sacrificio, de la abnegación de su placer” (Deutsch, 1932 en Young, 2005, p. 85). En palabras de la feminista Barbara Sichtermann (1985 en Young, 2005), la separación entre maternidad y sexualidad se traduce en que:

Las mujeres han sido admitidas en el campo de la sexualidad sólo como invitadas que son despachadas hacia su verdadera vocación como agentes de reproducción. Y la reproducción es algo que ha

ocurrido fuera del campo del placer y erotismo, fue la maldición de dios sobre Eva (p. 85).

Considerando estas dos implicaciones derivadas de la división sexualidad/maternidad que abreviadas apuntarían por un lado, a la ausencia de representación de componentes de odio en el ejercicio de la maternidad y, por otro, al sostenimiento de un ideal instanciado como femenino y abonado de auto-sacrificio y renuncia del placer sexual, se diría que en todo objeto de amor, en todo objeto amoroso, estaría siempre presente en calidad de sombra, de secreto, de alegoría, de insignia o de luna menguante, un pecho materno. Cabe recordar que para Lacan (1938/1987) este carácter ubicuo del pecho materno se explicaría por la inscripción en el psiquismo del infante que su pérdida, mediante el destete, trae consigo. Es bajo la “forma más primordial de la imago materna” (p. 30) como el pecho de la madre para siempre perdido, retornará ansioso buscando donde hacer nido, (des) orientando las elecciones de objeto amoroso que realice el sujeto.

Aludir a que detrás de todo objeto de amor siempre hay un gran pecho materno, como lo establece el psicoanálisis, no implica para nada una visión romántica de este sitio distintivo de la sexualidad femenina, sino por el contrario, implica una visión siniestra porque representa a la mujer como des-pechada. Si el pecho materno anda deambulando como imago, a la deriva buscando donde recuperarse, es porque fue expulsado del sitio a donde pertenece (el cuerpo femenino), esto es, porque tuvo que ser entregado sacrificialmente a la causa del otro (hijo), para causar al otro (como soporte imaginario), sin que le reste a la madre algo de ese pecho para significarlo como propio.

Y de esta condición de des-pechada sabe muy bien Santa Ágata, quien en la soledad martirológica de su postura medio encorvada, sostiene con sus manos una charola donde reposan sus núbiles pero firmes senos en posición de entrega. Se trata del cuadro pintado por el español Francisco de Zurbarán que data de 1633 y en cuya narrativa pictórica aparecen los elementos que evocan explícitamente el sacrificio a que los senos de la mujer están sometidos. Es por un acto que presuponemos de automutilación como la mujer del lienzo al óleo adquirió su condición de santa, o sea de ser dadivoso, generoso, porque hunde en su cuerpo el peso de una

falta, una falta de feminidad que la garantiza para corporeizar a la santa madre.

Pero hay otra visión sobre el pecho materno que podemos construir desde el feminismo, una en donde no hay faltas ni paradigmas que lo asalten y lo secuestren; una visión que, en todo caso, aunque escandalosa, propone la subversión de la dicotomía maternidad /sexualidad. Veamos.

El pecho como referente del sí mismo; subversión de la dicotomía sexualidad/maternidad

Uno de los gestos catalogados entre los seres humanos para referirse al sí mismo es apuntar con la mano hacia la zona del pecho. Es el pecho y no la cabeza, curiosamente, el lugar que simboliza al yo, “puedo localizar mi conciencia en mi cabeza, pero mi ser, mi existencia como una persona sólida en el mundo empieza en el pecho...” (Young, 2005, p. 75).

Se trata de una simbolización del pecho que no resulta sorpresiva si consideramos que es el pecho, generalmente de la madre, el primer espacio desde donde se orienta nuestra humanidad incipiente, nuestra carne frágil, hacia el mundo externo por primera vez impulsándonos suavemente hacia el contacto con esa externalidad. El pecho es el asidero de la corriente tierna que impulsará al bebé hacia la ribera en la que bañará su cuerpo de imagen, en cuya orilla se precipitará anticipadamente la primera configuración imaginaria de su yo. En función del pecho nutriz, tibio y abrigador, receptáculo de la mirada que autentificará la existencia del bebé, se podrán inscribir los primeros rasgos, las primeras huellas mnémicas de una experiencia de satisfacción sentida como propia.



Francisco de Zurbarán, 1633
“Santa Ágata”

No obstante, el pecho es también la región donde se asientan y reposan los senos de la mujer, donde se enclava la turgencia de su escote; zona erógena privilegiada de placer y voluptuosidad femenina, a partir de cuyo roce, toque y caricia, sea al ritmo de la avidez succionadora de un boca pequeña e inocente o al de una ansia húmedamente lujuriosa y avezada, se desprenderá una corriente sensual que podrá irrigarse hacia todos los contornos de la cartografía del cuerpo de la madre, exaltándolo. Se podría decir entonces con un poco más de precisión, que el pecho simboliza al sí mismo porque es el referente material, corporal originario de las dos afluentes surtidoras de la vida humana: la biológica y la psíquica.

Desde esta visión integradora del pecho femenino que trasunta la fascinación kleiniana por su 'split' en dos entidades opuestas entre sí (pecho bueno y pecho malo), la participación de la madre en el proceso de humanización de su criatura no tendría que estar supeditada para garantizarlo a una tercera instancia (Nombre-del-Padre) como la que propone el psicoanálisis lacaniano. Es decir, la maternidad no tendría que ser una función que por sí misma obstaculizará la resolución de una tensión vital (el hambre) en una instancia mental (imago del seno materno); bastaría con que la madre afirmara su experiencia en su calidad de agente de la nutrición como parte de su feminidad, como una expresión de su deseo y, por lo tanto gratificante, placentero pero que no es reductible ni se agota en ella (en la maternidad) para que la subjetividad femenina se desmarcara de la asignación de peligrosa. Siguiendo este camino reflexivo, la erotización que brinda la madre al hijo a través de su cuerpo no sería un motivo de inculpación, como asegura Freud (1933/1976) sino una forma de relación que se construye en la cresta de un deseo que no es desmedido, en tanto la madre puede autenticar el placer que de esa erotización extrae para sí misma, en el sitio donde se produce.

Este doble cariz del pecho femenino: lugar de placer sensual, zona erógena e insignia de especificidad sexual y, al mismo tiempo, lugar de la primordial nutrición, sostenimiento de la criatura humana (Irigaray, 2010) es al que hay que volver, en el que conviene pensar, con la finalidad de subvertir su condición de objeto paradigmático del amor sacrificial y para desconcertar el lugar que ocupa en la frontera entre la maternidad y la sexualidad. Reconocer que los pezones también cuentan en la expe-

riencia de la maternidad pues constituyen zonas independientes de placer que para algunas mujeres resultan impensables como tal cuando sirven al amamantamiento, trayendo consigo una serie de malestares psíquicos que pueden manifestarse precisamente en la forma de un rechazo rotundo a ejercer dicha función nutriz (Young, 2005, p. 88).

Si ni el psicoanálisis o la cultura patriarcal han reconocido y validado positivamente los senos de la mujer en toda su compleja dimensión significativa y agitada polivalencia -pues dependiendo de los diferentes estados del cuerpo de una mujer a lo largo de la vida (menarca, embarazo, menopausia), los senos serán vividos también de manera diferente desde los tres registros de la experiencia (real, simbólico, imaginario)-, es porque ello constituiría un desafío a sus propios esquemas o sistemas de pensamiento falocéntricos. La subjetividad femenina se les saldría de las manos, ya no podrían martirizarla con la insistencia en el sacrificio y auto-sacrificio, ni impedirle a la madre expresar placer cuando amamanta a sus hijos.

Algunas notas finales

Mientras se mantenga escindida la maternidad de la sexualidad, los senos de la mujer no podrán escapar a su condición de objetos sexuales para el consumo del hombre y para beneficio de la industria corsetera en todo el mundo; el eros que ellos promueven no podrá ser pensando como uno que reconoce fronteras, que además puede ser egoísta, y no exclusivamente voraz y de cuidado. Pero sobre todo, la consecuencia más importante es que se seguirá obstaculizando el acceso de la representación de un deseo específicamente femenino con sus propios principios metafísicos (ontológicos), capaz de dar cuenta de otro tipo de arreglo psíquico (economía psíquica) que no sea exclusivamente el que surge de la mirada (masculina) y su arquitectura de saber; capaz de propiciar el advenimiento de un sí mismo propiamente femenino, más allá de la maternidad o en razón de ella pero con su propio logos.

Referencias

- Arvelo Arreguá, L. (2004). Maternidad, paternidad y género. *Otras Mirada.*, 4, 92-98.
- Doane, J. & Hodges, D. (1995). *From Klein to Kristeva, Psychoanalytic Feminism and the Search for the Good Enough Mother*. Michigan: The University of Michigan Press.

- Evans, D. (1998/2007). *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1905/1976). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas de Sigmund Freud 24 vols.* Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933/1976). Conferencia 33: La feminidad, nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En *Obras completas de Sigmund Freud, 24 vols.* Buenos Aires: Amorrortu.
- Gallop, J. (1988). *Thinking Through the Body*. Nueva York: Columbia University Press.
- Irigaray, L. (2009). *Este Sexo que no es Uno*. Madrid: Akal.
- Klein, M. (1948). *Contributions to Psychoanalysis*. Londres: The Hogarth Press.
- Lacan, J. (1975/1999). *El Seminario de Lacan, Libro 17: El Reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1938/1998). *La Familia*. Buenos Aires: Argonauta.
- Lemoine-Luccioni, E. y Baños O., J. (2000). *Féminas*. Buenos Aires: Paidós
- Tubert, S. (1996). *Figuras de la Madre*. Madrid: Cátedra.
- Young, I.M. (2005). *On Female Body Experience "Throwing Like a Girl" and Other Essays*. Oxford: Oxford University Press.